

EL ESPERADO RETORNO DE JOANE FLORVIL A HAITÍ

Joane Florvil permaneció 220 días en el Servicio Médico Legal. Su repatriación se entrampó en una serie de dificultades burocráticas y familiares, hasta que el financiamiento aportado por la Organización Internacional para las Migraciones permitió su traslado. “Sábado” conoció la historia de la joven en Haití y acompañó la vigilia de la familia Florvil desde la llegada del cuerpo a Puerto Príncipe, hasta el multitudinario entierro del domingo pasado, en Ouanaminthe, al norte del país.

POR JORGE ROJAS G., DESDE HAITÍ
FOTOS ALEJANDRO OLIVARES

Con 38 grados de calor, el domingo pasado el funeral recorrió dos kilómetros por las calles de Ouanaminthe, desde la iglesia hasta el cementerio. En la foto, el ataúd cubierto por una bandera chilena sobre el pickup de una camioneta es rodeado por cientos de personas que salieron de sus casas a despedir a Joane Florvil.

Joane Florvil tiene los párpados cerrados y la piel pegada a la cuenca ocular, como si algo desde adentro la hubiera succionado, formando dos cráteres en sus ojos. Realyno Florvil, su hermano de 36 años, la observa fijamente. No sabe si le sacaron los ojos a propósito o si su desaparición fue parte de un proceso natural de descomposición.

Joane está adentro de un ataúd y alrededor se escucha el traqueteo de grúas que cargan y descargan bultos. Su cuerpo está sobre un *pallet* en el medio de una bodega del Aeropuerto Toussaint Louverture de Puerto Príncipe, Haití, y un poco más allá se escucha el caos de la ciudad y los cientos de taxistas que se pelean a los pasajeros de los vuelos.

Realyno quiere ver más de cerca a su hermana. Quiere sentir su olor, tocarle la piel, pero no sabe cómo sacar el vidrio que la separa del exterior. Intenta forzarlo y luego simplemente lo rompe. En detalle, la piel de Joane suda, tal vez por los líquidos que le echaron días antes de enviarla, cuando la embalsamaron para evitar que su cuerpo se descompusiera por el calor. No es la misma de las fotos que tiene en su celular. Tampoco la que el 30 de agosto pasado apareció en televisión llorando, mientras dos policías la custodiaban esposada rumbo a la 44 Comisaría, acusada de haber abandonado a su hija de dos meses en la Oficina de Proyección de Derechos (OPD) de la Municipalidad de Lo Prado, y que un mes después murió.

Antes de llegar, Joane estuvo 220 días adentro de un congelador en el Servicio Médico Legal (SML) de Chile. Por unos instantes, Realyno duda que sea ella, pero el papel que le entregaron lleva su nombre. Debajo de la tela blanca que cubre el resto del cuerpo, y de la blusa blanca y la falda café con que la vistieron antes de enviarla, aparece la misma piel descompuesta y sudada que vio en su cara.

—No tiene ojos, no tiene pulmones, no tiene corazón, no tiene riñones—dice minutos después.

La escena pone en su mente teorías imposibles de comprobar sobre las causas de muerte de su hermana. No solo cree que fue asesinada por el Estado chileno y las instituciones que intervinieron en su caso, sino que ahora especula que todo pudo haber sido parte de un horrible plan: “Para mí, que mataron a Joane para quitarle los órganos”, asegura.

Antes que la funeraria recoja el cadáver, Realyno toma unas fotografías y graba un video como evidencia. El funeral, que estaba previsto para el día siguiente, tendrá que esperar. En este estado, el cuerpo no puede viajar las diez horas que separan Puerto Príncipe de Ouanaminthe, de donde es originaria la familia, un pueblo ubicado al norte del país en la frontera con República Dominicana. Verla así, sería otro duro golpe para Marie Suzie Caliste, la madre de Joane, que desde hace siete meses llora por el retorno de su hija.

—Nos mandaron un cuerpo podrido, para que



“Llevo toda mi vida haciendo esto. Con este oficio eduqué a mis hijos, les di de comer, y construí mi casa”, dice Fareus Florvil, el padre de Joane, de 61 años, quien, cuando le dieron el ataúd en el que venía el cuerpo de su hija desde Chile no servía, decidió construirle uno con sus propias manos.



Las mujeres de la familia se encargaron de arreglar la iglesia y preparan la comida que se sirvió a los invitados al velorio. En primer plano, Marie Suzie Caliste, la madre de Joane Florvil pica cebollas y pimentones antes de prender el carbón para cocinar el arroz y el pollo que luego, en contenedores de plumavit, servirán a los invitados.

lo llevaríamos al cementerio y lo enterráramos rápidamente. Chile no tiene respeto por el ser humano —agrega Realyno.

Joane deberá esperar cinco días más en una morgue privada de una funeraria, para ver si ellos pueden recomponerle el rostro. La ceremonia deberá aplazarse. Parece una mala broma, pero incluso estando en Haití, la joven deberá seguir aguardando para ser sepultada, otra vez en un congelador.

Realyno le cuenta a su familia los detalles del retraso, sin entrar en pormenores escabrosos, y agrega que el ataúd en el que llegó el cuerpo ya no sirve. Entonces, Fareus Florvil, el patriarca del clan, decide comenzar a construir uno con sus propias manos.

Los Florvil

Realyno Florvil levanta la mano y sacude tres billetes de mil gourdes (unos 50 dólares), los de más alta denominación en el país: “Florvil, Florvil, Florvil... muchos Florvil”, dice riendo. Luego estira uno de ellos y muestra la cara estampada de un hombre de piel negra, canas, bigote, y barba de chivo. Y más abajo el nombre: Hyppolite Florvil, ex presidente de Haití entre los años 1889 y 1896: “Nuestro apellido es importante, yo lo he dicho en Chile, pero no me creen... No somos cualquiera. No solamente tenemos poder, sino que también capacidad para sobrevivir”, explica sin poder decir con exactitud cuál es el parentesco que su familia tiene con el per-

sonaje del billete.

En Ouanaminthe, los Florvil son una familia antigua. El origen está en el bisabuelo Alfa Florvil, que era dueño de varias parcelas y que al momento de su muerte tuvo como último deseo que nunca fueran vendidas a extranjeros. “Lakou” Florvil, como le llaman al terreno familiar de la herencia, queda dentro de Villa Canari, un sector ubicado antes de llegar a la plaza del pueblo. Las viviendas de la familia, de los hijos, de los nietos y los primos, están todas comunicadas por los patios y fueron construidas con *klostra*, que es una especie de ladrillo de cemento.

La principal característica del pueblo son sus motos. Tiene cerca de 20 mil habitantes y la gran mayoría de ellos trabajan como comerciantes y mototaxistas, llevando y trayendo personas y mercadería entre Haití y República Dominicana. En las calles de Ouanaminthe se pueden ver escenas dignas de un circo: motos cargadas hasta con 50 pollos amarrados como si fueran enormes alforjas de plumas, mujeres sentadas sobre sacos y con sacos en sus cabezas, e incluso hasta seis personas en un mismo vehículo, entre niños, jóvenes y adultos.

Hay florviles que son motoristas y florviles para lo que se necesite: abogados, politólogos, mecánicos, agricultores, carpinteros, vendedores, pastores, policías y hasta uno que es diputado. Son un clan conocido y con recursos económicos por sobre la media de la población. Tiene un colegio donde estudian

300 alumnos, una iglesia llamada Jesucristo Buen Samaritano, y un orfanato que atiende a 19 niños.

Hace un día que Realyno llegó a Ouanaminthe desde Puerto Príncipe y lo primero que hace es visitar el colegio. Al verlo, los niños se cuadran delante de él como si fuera un general. Como están en vísperas del Día de la Bandera, saludan con gestos marciales y desfilan con movimientos inspirados en el vudú, aunque todos por allí dicen ser cristianos. “Tenemos una instrucción militar”, explica él.

A un costado del colegio está la iglesia, un recinto de concreto de unos 1.500 metros cuadrados, donde se realizará la ceremonia de despedida de Joane. Parado bajo la sombra de un árbol, Realyno recuerda una historia que perfila muy bien a su hermana. Ocurrió justo allí, pero en 2006, cuando Joane se convirtió en madre por primera vez: “Un día llegó una señora al templo con un niño de un año al que había rescatado de un río, luego que su papá tratara de ahogarlo, y ella lo adoptó”, cuenta.

Joane, que era muy lectora de la Biblia, encontró en el Evangelio el nombre preciso para el bebé, y lo bautizó como Moisés, que en la actualidad tiene 12 años y desconoce el origen de su nombre y su historia: “Él cree que nació de mi hermana y está muy triste por su muerte”, agrega.

Un par de años más tarde, ella se emparejó con Silvers Elie, con quien se casó. Durante mucho tiempo vivieron en una casa dentro del terreno

familiar. Instalaron una tienda de ropa y un taller de motos. Los muros de la casa aún están en pie, pero en completo abandono, buena metáfora para lo que pasó con la relación. Por todo el patio están esparcidos repuestos y ruedas, que recuerdan el tiempo en que el matrimonio estaba junto, criando a sus dos hijos, hoy de 5 y 9 años.

Nadie en la familia cuenta los motivos del quiebre, sino solo las consecuencias. Hablan de la pareja como si hubieran sido víctimas de un maleficio. “Llegó un momento en que vino un hombre llamado Wilfrid y engañó a Joane para que se fuera a Chile. Él vino como un ladrón y se robó su mente”, explica Denis St. Pierre, pastor de la iglesia de los Florvil y cuñado de Joane. Wilfrid niega esa versión.

Denis, además, enfatiza que la joven no migró por razones humanitarias, ni por trabajo. Afirma que ella manejaba más o menos mil gourdes (15 dólares) al día y nadie que tenga ese dinero puede considerarse pobre en Haití. Tampoco cree en la versión que Wilfrid Fidele ha dado en Chile, que ha dicho que Fareus Florvil, el padre de Joane, la había enviado para allá con el objetivo de separarla de ella.

Fareus escucha la conversación con atención y también lo desmiente. “Nosotros no queríamos que Joane se fuera, pero le dijimos que hiciera lo que quisiera. Su mamá y yo completamos lo que le faltaba para el viaje. Decía que quería pasar 15 días distanciada de su esposo, pero en un tiempo me lla-

mó para contarme que se quedaría allá”, explica.

Joane llegó a Chile en agosto de 2016, pero su partida no fue el único golpe que recibieron los Florvil. Luego de comunicarles que no regresaría, les dijo que estaba embarazada de una niña, que el padre era su nueva pareja, y que ya estaba en camino para Chile. La noticia fue tomada en Haití como una deshonra para el apellido.

Muerte y repatriación

Sentado en una silla, mirando a la calle principal del pueblo, y con una cerveza en la mano para capear el sofocante calor del mediodía, Realyno Florvil muestra una carpeta con noticias, fotos y documentos del caso de su hermana que guarda en su celular. El último de ellos es el acta de defunción que su tío, que es encargado de seguridad, le acaba de traer para que puedan enterrar a Joane el domingo.

Han pasado dos días desde que dejó a su hermana en la morgue de la funeraria y desde Puerto Príncipe ha recibido noticias contradictorias. La compañía fúnebre le ha dicho que ellos tienen todo planeado para llegar el domingo a Ouanaminthe, pero su tío, el diputado, le ha informado que a lo mejor tendrán que hacer una autopsia al cuerpo, lo que puede demorar la inhumación.

El primogénito de los Florvil recuerda que fue el primero en saber que su hermana había sido detenida el 30 de agosto de 2017, cuando Joane salió en

las noticias chilenas acusada de haber abandonado a su hija, cargos que finalmente no resultaron ciertos; y el primero, también, en enterarse de su muerte, 30 días después, cuando falleció en la Clínica de la Universidad Católica, por un diagnóstico de una falla hepática fulminante.

Desde entonces ha asumido las gestiones para la repatriación. Mientras sigue bebiendo cerveza, hace una cronología de todo el periplo que tuvo que realizar en Chile, cuando viajó el 6 de octubre con dinero para pagar el traslado, pero no pudo retirar el cadáver porque el autorizado era Wilfrid, quien se negaba a firmar la salida de Joane del SML.

Así, el asunto de la repatriación se redujo a una competencia patriarcal entre Wilfrid y Realyno, por quién tenía el derecho a hacerse cargo del funeral. Wilfrid tampoco estaba de acuerdo con que se la llevaran a Haití, porque prefería enterrarla en Chile. Al final, Realyno desistió y se regresó a Haití a mediados de noviembre de 2017. Luego de eso, le contó a los hijos de Joane que su madre había muerto en Chile y les compró una *tablet* para que se distrajeran jugando.

Traer a Joane hasta Haití no fue fácil. Luego de que Realyno no pudiera sacarla del SML, el retiro del cuerpo se entrampó en una discusión circular: los Florvil no pondrían dinero para el traslado, Wilfrid no quería sacarla para enviarla a la isla, y el gobierno se negaba a financiar la repatriación, para no

generar un precedente que amarrara al Estado a gastar recursos cada vez que un extranjero muere en el país.

El asunto solo se destrabó cuando la Organización Internacional para las Migraciones de la ONU se ofreció a financiar los casi 6 mil dólares que costaba el traslado. La primera reunión de coordinación ocurrió el 12 de abril pasado, cuando Norberto Girón, jefe de la misión en Chile, se juntó con el ministro de Justicia, Hernán Larraín, para decirle que ellos estaban disponibles para cubrir los gastos. Luego se realizaron dos reuniones de coordinación, en las que participaron la Subsecretaría de Derechos Humanos, funcionarios del Ministerio del Interior, y Roxana Méndez, la pareja chilena de Realyno, en representación de la familia.

La mayor preocupación de la familia era que el cadáver no aguantara los casi 38 grados de calor que a veces hacen en Haití. Al gobierno, en tanto, le inquietaba la forma en que la repatriación se iba a comunicar. El último encuentro con la familia trató ese punto, reunión que ocurrió el 30 de abril y en la que “Sábado” estuvo presente: “Estamos preocupados por la forma en que ustedes van a convocar a la despedida”, le dijo a Roxana una funcionaria del Ministerio del Interior. La familia quería invitar a la comunidad haitiana a una ceremonia ecuménica por redes sociales, citar a los medios, y entregar un comunicado en el que pedían justicia y reparación, entre otras cosas, pero al gobierno le pareció que eso era ir demasiado lejos. Buscaban evitar que Joane, con todo el simbolismo que ya tenía su caso, se transformara en un catalizador para el descontento de los migrantes. Un factor que en el peor de los casos podía terminar en una revuelta.

Finalmente, Realyno decidió que la convocatoria se realizara el día antes de la ceremonia y que el comunicado no repararía en críticas al gobierno. No quería que la repatriación se entrapara en una nueva polémica. Así, Joane dejó el SML el 4 de mayo pasado. Ese día, Wilfrid fue citado para reconocer el cuerpo y firmar el retiro, no sin antes manifestar su oposición a dicha medida. “Era un gasto, los niños necesitaban plata, para qué gastarla en un cuerpo. Esta situación siempre será una cicatriz, pero no era necesario mandarla a Haití”, explica Wilfrid desde Chile. Finalmente, luego de verla, decidió firmar: “Estaba desfigurada, irreconocible. Me dio pena y firmé. Que ellos hagan lo que quieran... para mí, la persona más preciada de esa familia ya falleció”, agrega.

La madrugada del martes 8 de mayo, Joane salió rumbo a su país. Iba adentro de la misma caja de madera que Realyno abriría aquel día martes en que su hermana llegó al aeropuerto.

Preparativos

Fareus Florvil, el padre de Joane, raspa una madera

con una sierra que ocupa como si fuera una lija. La toma de ambas puntas y la pasa con fuerza. Desde que le dijeron hace tres días que el ataúd en el que venía el cuerpo de su hija desde Chile no servía, él ha decidido construirle uno con sus propias manos.

—Llevo toda mi vida haciendo esto. Con este oficio eduqué a mis hijos, les di de comer, y construí mi casa —dice mientras trabaja.

Fareus tiene 61 años, viste un pantalón de tela negro y una camisa que deja ver su escuálido tronco. Se define como un carpintero y su taller está ubicado en el segundo piso de la casa donde vive, en un espacio que tiene vista a la calle, sin ventanas. Hace los féretros con madera reciclada y los vende a quien tenga la mala suerte de necesitarlos.

Por cada ataúd cobra entre 30 mil y 40 mil gourdes (unos 600 dólares). Ha fabricado tantos que perdió la cuenta, pero sin duda que este, y el que le hizo a su madre cuando falleció, son los que

“
Nos mandaron un cuerpo
podrido, para que lo
lleváramos al cementerio
y lo enterráramos
rápidamente. Chile no tiene
respeto por el ser humano

más le han costado: “Desde que murió Joane ando con la cabeza mala, tomo mucho. No tenía tantas esperanzas de que me llegara el cuerpo, pero desde que está acá, calmé un poco de tomar bebidas. Hemos estado viviendo mal, comiendo mal, pero como somos hombres y hay que tener fuerza”, dice secándose el sudor de la cara.

Es viernes y el cuerpo de Joane está a dos días de llegar a Ouanaminthe. La familia se prepara de a poco para ese día. Phanise Florvil, la hija menor del clan, y que hace pocos meses se graduó de policía, va a comprar a Cabo Haitiano una taza de baño para atender con más comodidad a los invitados que llegaran al velorio. En el trayecto, que demora cerca de una hora y media, la joven cuenta que su madre no está bien. Que la víspera del funeral la tiene nerviosa y que lloró toda la noche anterior agarrada a un celular viendo la foto de su hija. Nadie en la familia quiere que ella esté presente en la ceremonia de

despedida, porque tienen miedo de su reacción: “No podemos perder otra Florvil más”, explica ella.

Phanise recuerda también cómo se enteró de la muerte de su hermana. Cuando ocurrió la tragedia, ella estaba estudiando en la academia de policía, en Puerto Príncipe, y la familia le ocultó la noticia por miedo a que no terminara su formación. Se enteró recién en diciembre pasado, cuando un día tomó un bus para irse a la casa de su tío diputado, y delante de ella dos jóvenes iban comentando el caso. Fue la última de la familia en saberlo. “Escuché el nombre de mi hermana y cuando estaba en la casa de mi tío pedí un teléfono. Allí leí todo lo que había pasado, desde su detención hasta su muerte. Salí corriendo y me escondí debajo de la cama”, recuerda.

Phanise no entiende el descriterio de sus colegas chilenos al detener a su hermana por algo que no era cierto: “Si acá en Haití la policía hubiera hecho algo así, esos funcionarios estarían fuera”.

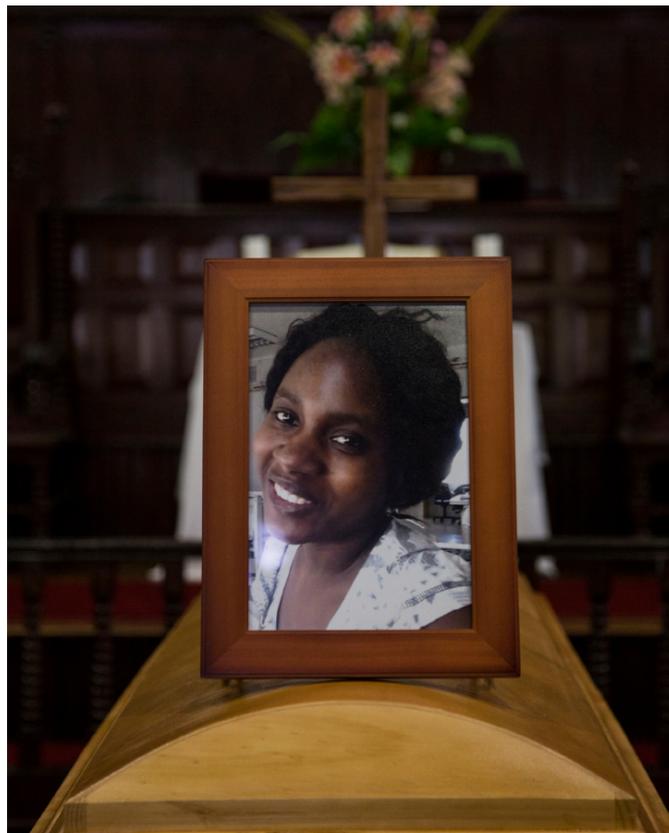
De regreso en la casa, con el baño nuevo, la menor de los Florvil se encuentra con una sorpresa. Desde Chile acaba de llegar su hermana Samenta, la misma que cuidó a Joane durante el mes en que estuvo en la Posta Central y que hace una semana la despidió en la ceremonia realizada en Chile. Pidió permiso en su trabajo y consiguió viajar para estar presente en el funeral. Pensaba que su hermana ya estaría en la casa para el velorio, pero se encontró con la sorpresa de que aún estaba en una morgue.

El velorio

Realyno toca unos acordes en una guitarra y escribe unas notas en un pentagrama. Ensayo una canción religiosa que él mismo compuso para despedir a su hermana. Se llama “Espíritu Santo, consuélame” y es la que sus alumnos del coro del colegio han estado ensayando. “Espíritu Santo, ayúdame, te pido. Espíritu Santo, eres mi amigo, consuélame”, dice una parte de la letra. Su padre lo escucha en silencio y cuando termina, los hijos de Joane lo aplauden.

Está en el *living* de la casa, desde donde la familia ya ha sacado todos los muebles para hacer espacio para el velorio. El cadáver aún no sale de Puerto Príncipe, pero ya está a pocas horas. Las mujeres de la familia están a cargo de cocinar la comida que servirán a los invitados y de arreglar la iglesia. Los hombres, en tanto, escriben el programa de la misa. El pastor hará la prédica, Samenta le contará a la comunidad cómo ocurrió la muerte en Chile, y los discursos políticos estarán a cargo de un primo politólogo, de un representante de una organización de derechos humanos con sede en Bahamas, y finalmente hablará Realyno. Cada asistente tendrá un díptico con la programación.

En la cocina, construida con tablas afuera de la casa, la mamá de Joane pica cebollas y pimentón. A ratos, el lugar se llena de humo por el carbón con el que calientan las ollas. Harán arroz y pollo, y más



Joane Florvil murió en la Clínica de la UC el 30 de septiembre pasado, con diagnóstico de falla hepática fulminante. La foto corresponde a su funeral en Chile.



"Hoy, el pueblo de Haití tiene que despertar. Amigo haitiano, quédate en tu país", dijo Realyno Florvil (en la foto, a la izquierda) en su discurso en el funeral de su hermana.

tarde porcionarán las colaciones en recipientes de plumavit. "Vendrá mucha gente y hay que alimentarlos y darles bebidas", dice Phanise Florvil.

En la cultura haitiana, la muerte puede salir tan costosa como la boda. En un país acostumbrado a enterrar cadáveres por miles —más de 20 mil en la Masacre del Perejil del dictador dominicano Rafael Trujillo, 316 mil luego del terremoto de 2010, y cerca de mil tras el paso del huracán Matthew—, los que gozan de mejor situación económica se dan lujos que el resto de la población no puede acceder. El principal, y el más costoso, es pagar una morgue privada para que el cuerpo se mantenga en espera antes del entierro. Se hace así, principalmente para que los familiares que viven en el exterior puedan asistir al funeral. De lo contrario, las inhumaciones se deben realizar inmediatamente.

En el caso de Joane, su cuerpo ya lleva cinco días en un congelador; tiempo que los funcionarios de la funeraria ocuparon para intentar recomponer su rostro, como se los pidió Realyno.

Durante la tarde, comienzan a llegar los trajes que los hombres mandaron a la tintorería y también los zapatos nuevos que les compraron a los hijos de Joane. Las mujeres van a la peluquería para alisarse el pelo y a hacerse la manicura. Aunque el velorio estaba programado a partir de las ocho de la noche,

dos horas antes la casa ya está repleta. Se supone que la vigilia durará toda la noche. Habitualmente, el ritual se realiza con el cuerpo presente, pero en esta ocasión han decidido que Joane llegue directo a la iglesia, así evitan que su madre la vea.

Realyno va camino a la radio Masacre, una de las tres emisoras que tiene el pueblo, donde lo esperan para que cuente cómo murió su hermana. Cuando regresa a la casa, la gente está desbordada por alrededor. Hay cerca de 300 personas en la calle y siguen llegando más. Suena una música fuerte y un coro de voces indistintas lo espera en la puerta. Se anuncian homenajes en los meses siguientes: habrá hasta una plaza con su nombre.

En el *living* el aire se vuelve espeso y sofocante, mientras un grupo de casi cien personas cantan alrededor de una mesa. Un pastor dirige la oración y la idea es que la gente entre a rezar en grupos.

En una habitación contigua, la madre de Joane recibe el pésame. Lloro cada vez que alguien la abraza y de pronto comienza a gritar del dolor de cabeza. Su hija Samenta llega con un medidor de presión. La acuestan en el sillón y el hijo menor de Joane se sienta a su lado. Más tarde la acompañan a tomar aire, pero no se recupera. A esa hora, la calle es un hervidero de deudos y los Florvil finalizan el velorio. El estrés de Marie Suzie Caliste es demasiado. De-

tienen la música y poco a poco la gente comienza a desaparecer. Quedan los más cercanos, que beben cervezas y juegan dominó. Todos hablan de Joane.

—¿Por qué le pasó esto a mi familia? Hasta su cuerpo fue discriminado. El gobierno de Chile debe explicarnos. La policía está para protegernos, no para destruir la vida de una joven. Los chilenos deben entender que no todos los haitianos que van allá son pobres —explica Rodlin Joseph, amigo de la familia y representante de la organización de derechos humanos de Bahamas.

Esa noche, una veintena de familiares pasaran la noche en vela, esperando la llegada del cuerpo, que ocurre cerca de las tres de la mañana. A Realyno le avisan que la carroza ya está en el templo. Junto a unos primos cargan el ataúd que ha construido Fareus por una calle oscura. Adentro de la iglesia se queda solo el padre con los funcionarios de la funeraria. La misión de Realyno llega hasta ahí. Desde ese momento, es su padre quien toma el mando y las decisiones. Es él quien coge el cuerpo de su hija, y en la intimidad de un templo vacío, lo viste con atuendos blancos, y lo mete adentro de la urna que días antes talló. Se despide de ella.

—Tu eres fuerte, porque la tocaste —le diría un amigo a Fareus horas más tarde, cuando le contó lo que acababa de hacer.

El funeral

El pastor Denis St. Pierre reúne a la familia Florvil en la entrada del templo. Viste un impecable traje blanco, al igual que todas las mujeres del clan. Algunas incluso llevan tocados en sus cabezas. Ni la madre, ni el padre de Joane irán a la ceremonia.

—Vamos a pasar a saludar al cadáver y luego se sentarán —les ordena.

Los familiares desfilan uno a uno frente al cuerpo. Joane tiene los párpados cerrados y bajo la piel, la cuenca vacía. Una crema blanca cubre la cara. Su aspecto ha mejorado un poco, se ve más hidratada, pero aun así está irreconocible. Luego cierran el féretro y lo llevan hacia el púlpito. En un costado están los niños del colegio, de uniforme rosado, y en el otro, la familia.

La ceremonia comienza con la lectura del evangelio, y luego Samenta relata la detención y la muerte de Joane. “Estaba en el hospital de la Universidad Católica y la vi llena de aparatos en todo el cuerpo, y le dije cómo me vas a hacer esto, con todos los sacrificios que hemos hecho. Entonces, los aparatos comenzaron a bajar el sonido”, describe.

Apenas termina de hablar, cinco mujeres se largan a llorar desconsoladamente. A los pocos segundos son más de diez. Todas gritan. Se desata una histeria colectiva. Una mujer se tira al suelo y convulsiona, pega patadas como si un espíritu la poseyera.

En el altar, y rodeando el cuerpo, un grupo de estudiantes canta el tema que Realyno compuso, mientras este se pasea dándoles caballazos, con la bandera haitiana como bandana en su cabeza, con el rostro desencajado, los ojos desorbitados, y el tronco tieso. También en trance. A ratos, la escena se vuelve violenta. A tal punto, que su hermana Phani-

“
Parece una mala broma,
pero incluso estando en
Haití, la joven deberá
seguir aguardando para
ser sepultada, otra vez en
un congelador
”

se, que lleva unas esposas colgadas al cinto, lo agarra para controlarlo, y le pide al coro deje de cantar.

En el púlpito, el pastor intenta seguir con el protocolo, pero ya nadie lo escucha. Sus palabras se pierden en un griterío gutural que bien podría parecer una arenga guerrera de una tribu. Denis St. Pierre se acerca para explicar lo que sucede: “Tú sabes que esta es una manifestación cultural de nuestro pueblo para expresar el dolor”.

Los discursos políticos que siguen reparan en las responsabilidades del Estado de Chile en la muerte de Joane. Tras dos horas, el cuerpo por fin sale rumbo al cementerio. Una banda instrumental encabeza la caravana y más atrás unos niños cargan un cartel con una consigna de reivindicación: “Reparación y justicia para los hijos de Joane”.

El ataúd avanza en el *pickup* de una camioneta cubierto por una bandera chilena. El pueblo le sigue. La gente sale a las calles desde sus casas. Los que caminan detrás sudan como si trotaran en una ma-

ratón. Hay cerca de 38 grados de calor y la caminata es de aproximadamente dos kilómetros. Una vez que entran en el cementerio, la multitud se dispersa y algunos corren sobre los mausoleos para asegurarse un buen puesto en la despedida final. El cadáver es llevado a un nicho. Allí, encaramado sobre una sepultura, Realyno le habla a la gente: “Pueblo chileno, hoy es el último día de mi hermana Joane Florvil. Solicitamos justicia para nuestra sangre. Pueblo haitiano recuerda que somos valientes guerreros... Quiero decirles a los chilenos que nosotros trabajamos durísimo para ganar poco, y miren el resultado. Hoy, el pueblo de Haití tiene que despertar. Amigo haitiano, quédate en tu país”, dice.

Por atrás suyo aparece Pareus Florvil, el padre de Joane que ha llegado para sepultarla. Se pasea de un lado a otro, como león enjaulado, y luego pide que todos se vayan. “Quiero que se queden cuatro Florvil, no necesito más. Si no se mueven de acá, el cuerpo va a quedar allí, sin sepultar”. La gente se dispersa. La tradición dice que antes de enterrar a los muertos, se debe romper el ataúd para evitar que los ladrones lo roben. A lo lejos se escuchan unos golpes y algunos presumen que allí también se hará un ritual vudú. Nadie sabe lo que realmente ocurre.

Mientras tanto, Realyno acompaña a los deudos a la salida. Les explica que la sepultura de Joane es provisoria, que la idea de la familia es comprar un terreno público en el centro de Ouanaminthe y trasladar el cadáver hasta allí. Sobre esa tumba pretende instalar el ataúd en el que su hermana llegó de Chile, como si fuera una escultura: “Queremos que la gente nunca olvide esta historia”, explica.

El cuerpo de Joane Florvil descansa en su tierra. Sobre la urna alguien puso una bandera de Chile. S